

Actas del
VI Congreso Internacional
***CELEHIS* de Literatura**
Literatura argentina, española y latinoamericana



(Rufino Tamayo, Sandías, 1968)

6, 7 y 8 de noviembre de 2017
Mar del Plata, Argentina



Actas del VI Congreso Internacional CELEHIS de Literatura / Acosta, Ricardo ... [et al.] ; compilado por Virginia P. Forace; María Pía Pasetti. - 1a ed . - Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata, 2018.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-544-817-9

1. Estudios Literarios. 2. Actas de Congresos. I. Acosta, Ricardo, II. Forace, Virginia P., comp. III. Pasetti, María Pía, comp.

CDD 807

Fecha de catalogación: 21/03/2018

ISBN 978-987-544-817-9



9 789875 448179



CENTRO
DE LETRAS
HISPANICAS

Facultad de
Humanidades / UNMDP
Portal de Encuentros

Actas del VI Congreso Internacional

Celefhis

de Literatura

ISBN 978-987-544-817-9

Una aproximación a la percepción de la realidad en dos episodios de *Don Quijote de la Mancha*: la aventura de los molinos de viento y la aventura de Clavileño

Victoria Gisele Chacón Oribe

UNMDP

Es posible pensar la percepción sobre la realidad como uno de los ejes de la locura de Don Quijote. El personaje cervantino va a mirar el mundo desde su propio punto de vista, de modo que lo que nos interesará en esta ponencia no es el objeto en sí mismo, sino el punto de vista del observador. Por esta línea de análisis, abordaremos la locura quiijotesca desde el perspectivismo. Esta postura filosófica propone que no existe una única realidad, sino tantas como puntos de vista se presenten. Si bien gran parte de la crítica presenta la locura del hidalgo como una ausencia del criterio de realidad, los trabajos de Rey Hazas (1994) y Segre (2004) la abordan desde este enfoque. En rigor, a partir de este posicionamiento podemos leer la locura del hidalgo. Esto lo vemos cuando se presenta más de una percepción sobre un mismo objeto: lo que para Sancho son molinos de viento, para don Quijote son gigantes. Por lo tanto, la realidad es interpretada de formas diferentes, según la perspectiva de cada uno. Interpretamos, así, la locura quiijotesca como una forma distinta de ver el mundo, que es tan válida como lo que su entorno determina como realidad.

Puesto que la locura del hidalgo es de gran complejidad y adquiere diversos matices a lo largo de los dos tomos, circunscribiremos nuestro trabajo a dos de sus episodios más distintivos: el de los molinos de viento y el de la aventura de Clavileño.

Así, veremos que Don Quijote percibe la realidad de tres modos diferentes. El primero de ellos transforma lo real mediante los sentidos; el segundo supone un cambio de mirada, que se justifica por medio de la figura de los encantadores; y el tercero implica una percepción adecuada de la realidad, que se ve manipulada por la teatralización que construye el entorno. A continuación, iremos analizando estos tres tipos de percepciones.

Como dice Foucault, el hidalgo “lee el mundo para demostrar los libros de caballería” (88). En efecto, necesita creer que son reales los libros de caballería y que es posible un mundo distinto. Es por esto que sale al mundo deseando encontrarse con castillos y gigantes para hacer valer su honor de caballero andante. En rigor, el protagonista posee una cosmovisión desde la cual interpreta la realidad y actúa en consecuencia con esta forma de mirar. Cuando Don Quijote y Sancho salen en busca de aventuras, se encuentran con unos molinos de viento que el hidalgo percibe como grandes gigantes con los que debe luchar. Aquí vemos que el sentido de la vista está presente al ver el objeto de otra forma. Los molinos son, para él, gigantes, y las aspas son sus brazos. Su escudero se niega a aceptar esta postura, e insiste en ver molinos de viento en lugar de gigantes. No entiende cómo es posible que su amo vea algo tan distinto a lo que él percibe, por lo que, constantemente, le da su parecer; sin embargo, Don Quijote no lo escucha. Vemos, así, que la palabra del otro no es tenida en cuenta.

Así, observamos que el hidalgo adapta su capacidad sensorial para ver objetos concretos de la realidad. Podemos tomar, para analizar este capítulo, un concepto filosófico de Bertrand Russell (1921), los datos sensoriales. Lo que revela la existencia de los molinos de viento es aquello que percibe Sancho Panza; pero esto no deja de ser un dato sensorial, que es tan válido como el que tiene Don Quijote al ver gigantes. Por lo tanto, los datos sensoriales no son una prueba suficiente de que realmente exista el

mundo externo, por lo que se podría cuestionar todo aquello percibido por el escudero, que es el único (al menos en el principio del primer tomo) que le cuestiona a su amo todo lo que ve. Así, podemos inferir que la locura de don Quijote implica una manera diferente de ver la realidad. No hay un argumento lógico que obligue a optar por una de las dos posturas y eliminar la otra. Sin embargo, casi todos aceptamos la visión de Sancho como adecuada porque el narrador así lo sostiene. Al respecto, Segre (2004) expresa que el perspectivismo va más allá del nivel de los personajes e involucra al narrador. No olvidemos que estamos ante un narrador complejo, en el que se cruzan diferentes versiones: la del original de Cide Hamete, con la del traductor y el autor. Por consiguiente, sigue siendo una versión, un punto de vista. Así, es posible considerar ambas percepciones como complementarias. Es decir, desde la existencia de una realidad abstracta se desprenden ambas visiones como puntos de vista paralelos. En efecto, el punto de vista de Sancho es contrario al de Don Quijote, por eso no coinciden, de manera que, frente a un mismo objeto, se establecen estas dos percepciones opuestas. Ese perspectivismo implica que lo real no es unívoco. Por esto, no existe una única interpretación, sino tantas múltiples interpretaciones como observadores haya. Desde la percepción de Don Quijote, él lucha con los gigantes; desde la de Sancho, su amo está montado sobre Rocinante intentando destrozar un molino de viento.

En el mismo episodio, vemos que interviene el segundo tipo de percepción en Don Quijote. Cuando el protagonista intenta enfrentarse a los gigantes, sale despedido por el golpe de una de las aspas de los molinos. Una vez abatido, pasa a verlos de igual forma a como los ve Sancho. Es necesario detenernos en este momento específico en que la percepción se modifica, cuando Don Quijote enfrenta a los gigantes: arremete contra el aspa del molino que, al moverse por la fuerza del viento, destroza la lanza, levanta al hidalgo y a Rocinante y los arroja por el campo. El golpe que recibe es de tal

magnitud, que no puede negar lo sucedido. Justo aquí es que escucha el reclamo de Sancho de no haber oído sus advertencias. Don Quijote pasa a argumentar lo que ocurrió: “las cosas de la guerra, más que otras están en continua mudanza” (156). Por lo tanto, el hidalgo cree que es algo normal que los objetos cambien de apariencia; va a justificar esta transformación por medio de la figura de los encantadores que, según él, han convertido a los gigantes en molinos por la envidia que tienen de su gloria. Ahora, el hidalgo percibe lo que ve Sancho, pero sosteniendo que es obra de un encantamiento. En este sentido, prevalece su punto de vista inicial, aunque el dato sensorial esté modificado. Así, vemos que en un episodio tan distintivo como lo es el de los molinos de viento, se han entrecruzado dos modos de ver la realidad, en los que Don Quijote ve los objetos concretos de un modo particular, diferente del de Sancho, y que, al acomodar su visión a la de su escudero, justifica el cambio del objeto por medio de la figura de los encantadores.

Pasemos, ahora, a un tercer modo de percepción que tiene Don Quijote. Para esto, analizaremos la aventura de Clavileño. Allí, los duques crean aventuras para el hidalgo y su escudero, pidiendo a la servidumbre que actúe y hable al estilo de los libros de caballería. En rigor, en el palacio tratan a Don Quijote como un verdadero caballero andante. Ya no es necesario que esté en búsqueda de aventuras, porque le construyen todo un mundo de historias caballerescas. Es decir, los duques amoldan toda su fantasía literaria a la realidad que lo rodea y el hidalgo ve, justamente, lo que los otros le muestran. Por consiguiente, construyen una aventura en la que se debe viajar en un caballo de madera, llamado Clavileño, que tiene la cualidad de volar y llegar a tierras lejanas en poco tiempo. Según lo que le cuentan a Don Quijote, sólo el caballero que esté predestinado a cabalgarlo podría disponer de él. Es así que se le hace creer al hidalgo que es él aquel caballero elegido para esta aventura. Al anochecer, cuando llega

Clavileño, se le dan todas las indicaciones de cómo maniobrarlo para volar. Como vemos, la farsa ideada por los duques es tan perfecta que intenta consolidar la escena de tal forma, que el hidalgo forme parte de la teatralización. Como sostiene Segre (2004), se configura una puesta teatral, en la que hay actores que montan una escena, y en el cual Don Quijote y Sancho se transforman en personajes inconscientes de la representación.

Cuando amo y criado suben al caballo, se presenta algo sumamente importante para lo que nos atañe: para volar en el caballo se deben cubrir los ojos con un pañuelo. En efecto, mientras están subidos al caballo volador, no ven absolutamente nada. Resulta primordial esto porque aquí, a diferencia de la anterior aventura trabajada, podemos ver que la percepción se da de forma sensitiva y auditiva. A partir de lo que escuchan y sienten, van a construir sus propias miradas sobre lo real. Para que se logre el efecto buscado por los duques, se necesita de una teatralización que cubra cada detalle de la escena. Es así que se crea una escenografía que contribuye al artificio, utilizando algunos elementos como el fuego, para dar la sensación de calor, o fuelles, para crear la idea de viento en lo alto del aire. La escenografía, pues, conforma todo aquello que transforma el escenario en el que, sin saberlo, están Don Quijote y Sancho. Desde el momento en que ambos se tapan los ojos para despegar con el caballo, el entorno grita describiendo el vuelo ficticio y narrando lo que pretenden construir en la imaginación de amo y criado. Por lo tanto, aquí tenemos el sentido de la audición que percibe las construcciones visuales que hacen los otros cuando describen en voz alta el momento en que el caballo se suspende en lo alto del aire. Esto motiva a que ambos protagonistas imaginen aquello que escuchan. Sancho se niega a creer en la posibilidad de estar volando cuando escucha las voces tan cerca. Al respecto, el hidalgo justifica esto aduciendo que, al ser una situación poco usual, es común que sucedan cosas que

corren por fuera de la lógica conocida. Aun así, a Don Quijote tampoco le parece que el caballo se mueva de lugar. Pero, como se encuentra dentro de un terreno desconocido, y en una aventura caballeresca, no demuestra preocupación alguna. La fabricación de la aventura finaliza cuando se encienden unos fuegos artificiales colocados en la cola de Clavileño, que sale despedido por el aire y expulsa a amo y criado.

En este episodio ocurre algo curioso con respecto a Sancho que, de cierto modo, se quijotiza, ya que expresa haberse sacado la venda de los ojos, por curiosidad, y haber visto la tierra del tamaño de un grano de mostaza, de tan alto que viajaban. Además, justifica todo esto por medio de un encantamiento. Como vemos, se da un movimiento contrario en esta aventura con respecto a la de los molinos de viento. Allí, Don Quijote había deformado la realidad por medio de los sentidos, y justificado el cambio de percepción a partir de la figura de los encantadores. Contrariamente, en la aventura de Clavileño, es Sancho el que dice haber visto algo que nadie vio, de manera que también, de algún modo, altera la realidad. Incluso expresa que se había bajado del caballo y se había entretenido con unas cabras azules y verdes. El escudero entiende que, al ser un marco mágico el de volar con un caballo de madera, es perfectamente posible toda su experiencia. El hidalgo, por su parte, le admite que éstas son cuestiones que van por fuera del orden natural pero que, aun así, lo percibido por Sancho ha sido la transición por la región del aire y del fuego; teniendo esto en cuenta, es incomprensible para él que, en la última región, su criado haya estado con cabras sin incinerarse. Por esto sostiene que Sancho miente o sueña, debido a que tampoco entiende que ambos hayan tenido dos percepciones tan disímiles sobre el mismo viaje.

¿Podemos hablar de una única realidad en este episodio? Como dice Erasmo, “la realidad de las cosas (...) depende sólo de la opinión” (55). Lo real es construido según la mirada de cada uno. Por un lado, tenemos la teatralización, es decir, el fingimiento

que realizan los duques para configurar un mundo. Por el otro, esa segunda realidad es vivida por Don Quijote y Sancho cuando se tapan los ojos en el Clavileño. En este segundo plano de realidad, el escudero tiene su propio punto de vista de lo que vivió y Don Quijote posee el suyo, por lo que se crean otros dos planos de realidades. A partir del fingimiento que hace el entorno al montar una escena teatral para ambos, se establecen dos puntos de vista que se entrecruzan: el del criado y su amo. Pero ellos no son conscientes de ese marco teatral, por eso lo real se construye a partir de lo que cada uno percibe. De la misma manera, es tan válido que el hidalgo vea gigantes, como que Sancho perciba molinos de viento. Como sostiene Celina Sabor de Cortázar, “las cosas no son, parecen” (29). Por esto, quisimos analizar dos episodios claves en los que la percepción se diera de manera diversa mediante la vista, en el primero, y mediante la audición, en el segundo. Vemos que, en ambas aventuras, los modos de percibir son diferentes: se genera una duplicidad de percepciones que puede anular el hecho de concebir la locura de Don Quijote como ausencia del criterio de realidad. De esta manera, intentamos interpretar su locura no desde un lugar patológico, sino como una forma diferente de percibir el mundo. Nuevamente, son pertinentes las palabras de Foucault: “lee el mundo para demostrar los libros de caballería” (88). En efecto, la lectura de la realidad que hace el hidalgo condice con lo que ha leído. Él vive lo que tanto tiempo soñó con vivir. Y los duques juegan con eso, se aprovechan y se burlan del deseo que tiene el hidalgo por ver un mundo distinto.

Referencias bibliográficas

- Cervantes Saavedra, M. de (1994). *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* (Edición de Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas). Alcalá: Centro de Estudios Cervantinos.
- Cervantes Saavedra, M. de (1994). *Don Quijote de la Mancha*. (Edición, introducción y notas de Martín de Riquer de la RAE). Barcelona: RBA.
- Erasmus (1969). *El elogio de la locura*. Buenos Aires: CEAL.

- Foucault, M. (1968). *Las palabras y las cosas*. México: Siglo veintiuno editores.
- Russell, B. (1921). *Análisis de la mente*. s/d.
- Sabor de Cortázar, C. (1987). *Para una relectura de los clásicos españoles*. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras.
- Segre, C. (2004). *El buen amor del texto*. Barcelona: Destino.